



HOMENAJE  
A  
GARCILASO DE LA VEGA



## «GALATEA»

JOSÉ ROSELL VILLASEVIL  
Correspondiente

Garcilaso cantaba en el río  
sus poemas de amores eternos;  
una sinfonía de brisas azules  
inundaba las Vegas y el Valle.

Con sombras y luces  
–¡oh nobles misterios!–  
se forjan las almas,  
se engendran los sueños...

Arriba Toledo cual nave gigante  
varada en los siglos suspira en las piedras.

Cervantes medita  
muy calladamente  
junto a Galatea.

¿Qué pensará ella  
reclinada al pecho  
de quien tanto ama,  
con quien tanto sueña?

Besando la orilla  
baja adúladora  
el agua risueña.

Igual que él la arrulla,  
igual que él la mima,  
igual que él la ensueña...

Hay nieve en el alma del viejo poeta;  
y en la pastorcilla de trenzas doradas  
sólo hay ilusiones, solo hay primaveras.  
Cervantes medita. ¿Qué pensará ella?

El Tajo camina hacia una mar cierta  
igual que los hombres van hacia la muerte.  
Y tú, Galatea, sobre esto ¿qué piensas?

Ella está mirando con ojos serenos  
ora el verde Valle, el cielo, las peñas  
cargadas de siglos, de historia y leyendas.

Juguetera el agua canta en mil espumas  
las sombras, las luces, la alegría, las penas...  
¡su amor a la gloria!

Cervantes medita, Galatea sueña,  
la brisa murmura: «¿Qué piensa la niña,  
qué sueña, qué sueña?

Sus ojos responden ahorrando palabras  
a un canto de rosas que el verbo le estorba.

«Sueño un imposible  
a brazo partido con la vanagloria:  
Sembrar tus amores por estas orillas  
para que florezcan siempre en tu memoria».

(Qué cruel el Destino, ¡oh arenas del Tajo!,  
otrora doradas y hoy crucificadas  
de horror en la escoria).

## EL CRISTO DE MARTÍN DE VIDALES

Lo pensé hecho de barro igual que el barro mío,  
como todos los barros;  
al borde de la duda, al borde del abismo.

He visto su figura torturada, inocente,  
flotando en el misterio que le infundió el artista.

He pensado en la vida, he pensado en la muerte,  
he pensado en el cielo que en mis noches de duda  
loco de pragmatismo rechacé inexistente.

Y he sentido de nuevo que mi barro y su barro  
no tienen privilegios para ser diferentes.

Pero cuando he mirado la expresión de dulzura  
en su cara destierra el horror de la muerte,  
he sentido en el alma un profundo desgarró.

Este Cristo latente de Martín de Vidales  
no es un Cristo cualquiera modelado en el barro;  
es un Cristo que aclara en su rostro el misterio  
de lo bueno y lo malo, de la vida y la muerte.

No es un Cristo tonante, no es un Cristo bizarro;  
es un Cristo sereno que al mirarlo a la frente  
ha acabado de un tajo con mis dudas de barro.

## TRESCIENTAS OCHENTA Y OCHO

Trescientas ochenta y ocho vueltas ya ha dado la Tierra  
en torno a un Sol consternado.

Trescientas ochenta y ocho vueltas por los entresijos  
de un Cosmos inusitado...

Era un veintitrés de abril.  
De la calle del León hay a la de Cantarranas  
unos pasos, un suspiro.

Ayer exhaló Cervantes su aliento hacia la esperanza  
o hacia lo desconocido...

Y aquí dejaste, Miguel, la herencia más coherente,  
más sutil, más valorada:  
Ésos a quien tú llamaste «Regocijados amigos».  
¡Trescientos ochenta y ocho años sin tí, Manco sano,  
absurdos han transcurrido!.

Con la cara descubierta, como siempre la has llevado,  
los Terceros compungidos traspasaron la frontera  
de la muerte y de la vida.  
Hombro con hombro en la pena de tu última salida.

Don Quijote, bien armado, con dignidad te escoltaba  
en tanto que su Escudero paso a paso iba llorando,  
paso a paso sollozaba...

Y entre rezos y suspiros el tierno Sancho decía:  
«Perdónale los pecados que nunca tuvo, Señor,  
a este loco de ilusiones más loco, calculo yo,

que lo fue mi propio amo.  
En tu bondad infinita perdónales a los dos.  
¡Son unos iluminados!

El moderno callejero  
a aquella de Cantarranas hoy llama Lope de Vega.  
¡Ironías del Destino!  
¡Después de lo que pasara entre un Vate y otro Vate  
la calle de Cantarranas –donde reposa Cervantes–  
llamarse Lope de Vega!.

Y en la calle del León una Placa nos advierte  
de tu cercanía a la muerte, de tu paso por la vida.

Otra brilla en la fachada  
del Convento en que tus restos gozan las transformaciones.

La muerte es un hecho incierto  
y éso tú y yo lo sabemos.  
Lo tenemos asumido.

¡Pero el corazón se para  
y se esfuma la razón  
y se va lo más querido!.

¡¡¡No!!!  
Quien se va  
se esfuma y para  
el sólo la ingratitud que se duerme en el olvido.

## ORACIÓN

JUAN SÁNCHEZ ALONSO

Perdón Señor por tantas faltas  
es calvario que tengo merecido,  
la sangre que del cuerpo escapa  
nada es con la que Tu has perdido.

Mejor sufrir en la tierra ingrata  
que no en el infierno consumido,  
más no es bastante el alma resignada  
falta beber Tu cáliz ofrecido.

Viéndote allí clavado, herido  
puesta en el cielo Tu mirada  
rictus en la boca amoratada  
sin exhalar un suspiro.

Sintiéndote solo, abandonado  
allí en lo alto del Calvario,  
te llevaron a la tumba macerado  
la cueva convertiste en Sagrario.

El suplicio transformaste en dón,  
la corona de espinas en Redención,  
en amapolas de sangre Tu sudario,  
por tantas cosas te pido perdón,  
¡Ay mi Señor!



## LAS TRAGEDIAS DEL AMOR

Qué es esto ¿dónde estoy?  
Es ilusión o realidad.  
Acaso sueño o deidad,  
los que me rodeais ¿Quién sois?  
Siluetas, caras con expresión de dolor,  
espectros que estáis alrededor,  
espíritus que deseáis transmitir  
que me queréis decir:  
Eres tú Penélope tejiendo  
esperas que Ulises vuelva a la guerra  
la espada victoriosa blandiendo  
de contienda por amor funesta.  
Y tu sobre carro de fuego  
sacrificaste Medea a tus hijos  
venganza a Jason era tu anhelo  
del odio hiciste pensamiento fijo.  
y esa cascada de flores del balcón,  
por la escala Julieta sube Romeo  
sobre el rencor triunfó el amor  
la tragedia truncó vuestro deseo.  
¿Y vos, quién sois? que diviso en las almenas;  
el Cid Rodrigo con Jimena.  
Y arriba en la varanda del rellano  
cautivada se asoma Rosana  
oye en otra voz declaración de Cyrano,  
de nariz deforme y rota el alma.  
Y aquellas torres de Teruel  
donde yace Diego e Isabel,  
llegó tarde, voló al cielo su amor.  
Y el triste Pozo Amargo

del cristiano y Raqué  
con su amor callado,  
te arrojaste para estar con él.  
Brilla en la noche río de plata  
confundida en la quinta Doña Inés,  
Don Juan escucha la lectura de su carta  
que Brígida sigue con interés  
y cae en sus brazos desmayada.  
También vos Eloísa y Abelardo  
a cuantos hirió Cupido con su dardo.  
Ve en la noche la ciudad luz  
es el París de Margarita y Armando  
pobre camelia, tarde para seguir amando  
en ella la tisis, para él la cruz.  
También tú Buterfly, la de trágico destino  
no pudiste soportar el desamor y olvido.  
Cuánto amor y cuánta muerte  
a cuantos condenó el destino sin suerte.  
Amor sin alma sin verdad  
es como progreso si lleva a la maldad.  
Así son las tragedias del amor  
cuánta pasión y cuánto dolor.  
Pero ahora es algo superior  
el amor único, limpio y puro  
permanente en presente y futuro  
el que lucirá eterno con fulgor  
el de Santa Teresa, por Cristo Nuestro Señor  
eso, es el amor...

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ BÚRDALO

Correspondiente

El 1 de mayo de 1539 fallecía en el Palacio de Fuensalida la Emperatriz Isabel, esposa del Emperador Carlos I de España. Sumido en la tristeza por la pérdida, el Emperador se retiraría al monasterio de Santa María de Sisle, encargando a su primogénito, el Príncipe Felipe –más tarde Felipe II– la presidencia de la comitiva que trasladará el cadáver de la Emperatriz desde Toledo a Granada. También dirige la comitiva don Francisco de Borja como caballero de la Emperatriz. Podemos imaginar con la mirada de hoy lo que sería aquella expedición a pie y caballerías por tierras de Castilla y Andalucía. A la llegada de Granada, donde se debía depositar el cadáver, don Francisco debía abrir el féretro para dar fe del hecho de entregarlo a los monjes que debían enterrarlo. En ese momento y al contemplar el descompuesto cuerpo de Isabel, Borja pronunció la frase: «No puedo jurar que ésta sea la Emperatriz, pero sí juro que fue su cadáver el que aquí se puso».

Yo he querido suponer que dada la amistad entre don Francisco de Borja y el poeta de la corte, don Garcilaso de la Vega, también el poeta acompañó la expedición hasta Granada. Y que en el camino bien pudo ocurrir lo que dice el poema que sigue a continuación, perteneciente a la sección «La voz tras el humo», de mi libro *Nocturno y luna del planeta Muerte*, Premio Internacional «Jaén» de poesía de 1988.

También, devotísimo, Gonzalo  
se acerca. Se cierra la noche  
así, como flor del mencho.  
Buscan los soldados oquedad

de un cancho, alguna hoya.  
Descargan fatigas como el río  
su cansancio último, esplendor antes del día.  
Y queda el catafalco sobre el lienzo  
de hojarasca, allí donde tres  
arcabuceros de la escuadra de Fernán  
abrieran los costales de membrillos,  
redomas de Venecia y el azufre  
de Maese Goyo, el portugués.  
Alazán cocea un caballo  
sobre las piedras de un camino estrecho.  
Sancho Feria, el herrador, palpa  
las ingles con oficio y dice  
ser ciertas garrapuchas y alguna  
sanguijuela del último regato.  
Y manda llegue hasta él Ramiro,  
caballerizo trajinante de emplastos  
para le uno poner entre las nalgas.  
Más allá, hacia las jaras del repecho,  
vocean soldados arrogancias.  
Jáctense de empresas otras, guerreras,  
enemigos más bizcos que el verano.  
Dejan menestrales y lanceros  
su atavío entre los juncos. Juntan  
arneses y ballestas, celadas  
y alforjas empinando un treslotes,  
como si entrega de botín o rifa  
de despojos.  
    lléganse los mas  
al río y alvíanse ingles y sobacos,  
y hacen buches.  
Mas en la calma caliente de la tarde

el hedor del cadáver baja al río,  
sube arcadas a las bocas  
y maldicen los soldados.  
Y uno que dicen Barbacana,  
de Consuegra,  
vomita higos que embozó  
calientes y caídos  
a la calleja de la última parroquia.  
Maldicen  
y blasfeman  
y a Gil gritan apresure  
algún meneo a los membrillos,  
alguna damajuana de almizcle,  
algún remedo  
por ver de soportar tamaña fetidez.  
Tercia entonces Señor Don Garcilaso;  
reprueba a los soldados la tanta algarabía  
y manda callen todos. Dice luego  
vean de dormir, pues más de treinta  
leguas serán de ganar mañana.

Aléjanse doscientos pies o más  
menguando el vocerío, arrastran  
costaleras y pellejas de vino  
sobre los acebuches de la cuesta,  
como buscando lugar propicio  
que la peste no alcance.  
Y dan con pucheros y cacillos en la calderona  
del guiso de borregas. Poco  
más allá sacude Romanillo  
las calzas polvorientas de su Señor Don Enrique.  
Señor Don Garcilaso queda solo.

Acércase con el paso breve, a su costumbre,  
y mira el catafalco, desolado.

¡Oh Dios!

Cómo tanta nieve pudo así venir  
en borra; lividez tal manos y frente,  
el pómulo afrutado, siempre carmesí.

¡Oh Dios!

Como aquellos los dos ojos,  
aquel seno palpitante ayer apenas,  
cómo la tanta vida, la tan grande  
hermosura de mujer y reina  
hedor traiga semejante  
que espanto pone en la canalla.

¡Oh Dios!

Y se quema la tarde tal un corcho sucio  
en la vallejada de Castilla, aque un año  
de mil quinientos.

En el barrio histórico de Cáceres, en su Ciudad Monumental, se alza el Palacio de Moctezuma, que perteneció al capitán cacereño don Juan Cano de Saavedra, compañero de Hernán Cortés en la conquista de México, casado con la princesa azteca Tecuixpo, hija de Moctezuma II, noveno rey de México Tenochtitlan, hecho prisionero por Cortés y obligado a colaborar con los españoles. La princesa, hija predilecta de Moctezuma, tomó el nombre de doña Isabel de Moctezuma.

Cacereño yo, cuando paseo cerca y contemplo el Palacio, no puedo por menos de imaginar la terrible cárcel que debió ser para aquella princesa trasterrada. Así nació el poema que lleva su nombre.

**PALACIO DE MOCTEZUMA**

En la tarde  
llora el viento soledad  
a la entera penumbra del Palacio,  
sobre la Calle Empedrada de tan huérfana Tierra.  
Visitante que hasta aquí has llegado:  
desviste la memoria de sandalias impuras  
y apresta tus ojos a la historia no dicha  
de estas soledades.

Lejos quedan  
renuncias y tristeza, algún equipaje  
sobre el moho espeso del Atlántico.

Ahora  
empuja lentamente  
la bruma de los siglos,  
contempla  
cómo anida nostalgia en los vanos,  
se aferra el peristilo, abraza el corredor.  
La tarde va a su fin,  
y en las cornisas

los años enmudecen.  
Nadie te acompaña.  
Mas si una presencia barruntas,  
no te inquietes: ocurre  
que el tiempo se escapa a las ventanas,  
las sombras recorren el cerrojo,  
y aún perduran suspiros  
de mujer.

Sí, Tecuixpo,  
hija de Moctezuma tan amada,  
la más bella plenitud

del Mundo Nuevo, princesa  
entregada al acre olor del hombre  
aquí reside.

Nadie consultó su deseo.

Nadie advirtió sus lágrimas cuando partía.  
Estas galerías, visitante, compartieron  
el dolor de su misión estéril.

Ahora  
levanta los ojos al cupulino;  
tal vez comprendas  
aquel afán de Tecuixpo  
por besar pájaros en vuelo.

Tal vez  
los balaustres, como seis brazos extendidos,  
sueñan más allá de las veletas  
noticia de libertad  
o de montañas.



## TOLEDANÍA

GUILLERMO SANTACRUZ SÁNCHEZ DE ROJAS  
Numerario

¿Cual es la luz del sol que da a Toledo  
su imagen más auténtica y hermosa?  
La luz de la mañana la hace airosa,  
limpia, como bañada con acedo.

Pero es al mediodía cuando puedo  
verla surgir radiante y luminosa.  
En el atardecer es una rosa  
teñida en ocres, amarillo y fuego.

Por la mañana, tarde o mediodía,  
como se la contempla o se la siente,  
Toledo es una hermosa poesía.

Fue capital del mundo y la simiente  
de una forma de ser. Filosofía  
de lo que hoy llamamos Occidente.

Encuentro de Culturas. Teoría  
que proyecta la historia en el presente  
por el amor de la Toledanía.

## LA ESPERA

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ  
Numerario

Jamás olvidaré la lluvia aquella.  
Ni aquel olor a tierra perfumada.  
Ni el color del arco iris en sus gotas.  
Ni la cortina de agua que empapaba  
mis huesos aquella tarde gris  
cuando esperaba.  
Ni aquella gota gruesa del roto canalón  
que con intermitencia golpeaba  
mi espalda,  
refugiada en el quicio de aquella vieja puerta  
frente a tu casa.  
Solo; en aquella larga espera  
a la luz de un crepúsculo velado,  
el viejo canalón me acompañaba.  
Y me daba palmadas en el hombro  
con lentos goterones que amables  
mitigaban,  
la impaciencia por verte aparecer...  
mas, no llegabas.  
De pie, sobre el umbral de aquella puerta;  
la lluvia por cortina  
y la compañía del roto canalón,  
mi espera que era amarga  
se me hizo confortable con la idea  
de que era irrepetible aquel instante  
de angustia y esperanza.  
Al cabo me di cuenta: ¡Espérate! ¡No salgas!  
No me prives del agua.  
Ni de su olor a tierra perfumada.

Ni del color polícromo en sus gotas  
o la palmada amiga del viejo canalón.  
Quiero verte venir; mas, cuando llegues  
y consiga el placer de tus manos de nácar,  
se habrá roto el hechizo de una espera  
que nunca será igual  
por más que espere nunca.  
Quiero que llegues pronto.  
Mas no quiero que acabe  
esta dulce velada  
en que mi adolescencia se goza y se fustiga.  
Quiero que vengas pronto;  
mas te quiero esperar toda la vida.

### NUESTRAS FLORES

Si no hubieras estado en mi camino.  
Si yo no hubiera estado en tu vereda.  
Si nuestras almas nunca se hubieran encontrado.  
Si hubiéramos marchado por distintas praderas...  
¿Cómo serían las flores de nuestro jardín?  
Esas rosas que hoy llenan nuestras manos  
no tendrían el color en el que vemos  
nuestras tonalidades.  
Ni serían sus pétalos los mismos.  
Ni sus mismas corolas o pistilos.  
Ni iguales sus estambres.  
Estas flores que llenan nuestras vidas,  
que son tuyas y mías,  
¡oh, amarga y aplastante sensación!  
no existirían.

## OFRENDA FLORAL

Ante este monumento alzado en memoria de Garcilaso de la Vega, poeta toledano, uno de los más grandes en lengua castellana, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, le rinde homenaje con esta ofrenda floral y el poema que seguidamente digo:

### PALABRAS ANTE EL MONUMENTO

Absorto en la mañana, Garcilaso,  
he vuelto a la estatura de tu verso,  
a sentirme menor en tus poemas,  
matinal peregrino que desposa  
floración de la nieve decidora.

De trigo tu palabra en el venero  
que crece y nos revela; trigo y luz  
el alto don, el claro cereal  
alzado en voz, en música cumplido.

Como deuda de luz, toledanía,  
hoy te traigo al poema, te pronuncio,  
que vengo de vivirte en un soneto,  
temblor que permanece en tus palabras,  
aquellas que poblaron el verano  
en los dulces pinares de algún pecho,  
las que fueron mordidas del olvido,  
parte tuya en el poema del mundo,  
el sitio de tu voz aquí guardado.

Mañana y claridad en tu recuerdo;  
la yunta de tu luz y tu memoria,  
tu verbo tan azul que me convida  
a comulgar las rosas de tu fragua.  
Y a beber las estelas de tu vuelo.